

"EL BULEVAR DE LAS SOMBRAS"

Para Calila,
con el abrazo más fuerte,
Andrés Trapiello.

CARMEN MARTIN GAITE (El Correo Español- El Pueblo Vasco
Febrero 1988. N.C.)
Por Andrés Trapiello

De frente ha ido siempre, pero la vida le ha salido de lado, cuando no por la espalda. Un día, hace ya años, la vimos en su casa de Doctor Esquerdo.

Nos sentó en unas butaquitas bajas, tapizadas a la antigua, donde las piernas nos quedaban largas. Tuvimos entonces que adoptar la postura de aquellas visitas de provincia. Y de provincia era la luz, que entraba, melancólica y crepuscular, de una terraza. Se tiñeron las paredes enteladas de un rojo muy bonito, de un más oscuro silencio y en una lámina de la vieja "Ilustración" que era Sevilla, también el sol empezó a declinar y a pararse las barcas por el río.

Se produjo entonces ese contraluz que sólo se conoce a última hora de septiembre. Quedó ella iluminada, el sol la puso broches dorados y encendidos y a nosotros nos metió en la penumbra. Veíamos sin que nos viera. Nos miraba sin vernos. Y así, mejor que nunca, pasaron unos años.

<El pelo, gris y blanco, de hechicera, de meiga, le caía por la cara igual que a las solteras. La luna o algo le sacaba de un dije de la blusa una luz que escuchaba. Ella, sin que nadie se diera cuenta, estaba hablando. Cada palabra nos pareció un candil. Algo de bruja había y así, encandilados, nos retuvo como Calipso en aquella salita galdosiana.>

Se redecía a posta, recordaba sus tiempos, reía; cantaba jotas y en castellano viejo recitaba la vida. Nos dejaba una frase como quien deja en una caja pastas, el antojo de dulce, y luego volvía al hilo de su cuento. Nos encontrábamos a gusto en aquel salón en el que estaba todo.

Su trabajo y su estudio. La tertulia y la mesita negra en la que se abrían todavía unos cuadernos escolares y azules y mariposas que se habían quedado. <Exigente y exacta; más que paciente, pacienzuda y con una voluntad no de hierro, que se dobla, sino de vidrio, que sólo cede si se parte.>

<Cuando guardaba silencio aparecía en su boca esa noble tristeza del ilustrado sabio o del hombre que pasó toda su vida en bibliotecas públicas. De ilustrado tiene, con la melena que le cae barroca, el pensativo semblante y algo, como en todo ilustrado, de mármol o alabastro. Pero tal vez le asusta ese no ver el sol y sin saber muy bien qué rumbo, se arranca un día, sale, errabundea mirando hacia las nubes: por encima de todo ama la vida.>

Con ojos muy pequeños y negros, donde le salta un brillo, mira entonces la realidad y su novela. Escribe muy despacio y empieza a ser feliz, a vivir ese estado en el que se mezclan botas rojas de ante y una camisa hindú, un chaleco de frac y la larga gabardina de un hombre solitario. El sombrío Ateneo y el Círculo provinciano. La pamelita increíble y la joya heredada. Por eso anda tan tiesa: no debe nada a la vida y la vida todo se lo debe.

No tiene miedo. No podría quien hace tanto vive sola. Casi

es de noche y apenas queda en aquel cuarto un vago resplandor dorado. Ha cerrado sus cuadernos, las mariposas ya no son más que pétalos secos. Cansados tiene los ojos. Se los hunde con las llemas de los dedos y esto la alivia. Pensativa contempla cómo muere la tarde. Madrid, desde aquella terraza, parece incluso silencioso y tranquilo.

Nadie está a su lado, ni siquiera la misteriosa sombra que a veces va con ella. Con la luz, que entró sesgada y por la espalda, se ha marchado también ese extraño. Sale a la terraza entonces ella y lo busca, mira en silencio y lo descubre a lo lejos, sentado, llorando como llora el diablo, sobre los rojos tejados de Vallecas.

A.T.

Calila,

El papel no es bonito y el articulito tampoco gran cosa, pero sí la admiración y afecto con que está escrito.

En casa nos hemos alegrado tanto como tú por el Príncipe Amal que ha venido a cortejar a la mejor dama de esta Corte,

un beso
Andrés